



# Carlos Elías

## El *selfie* de Galileo

Software social, político e intelectual del siglo XXI

Carlos Elías  
**El *selfie* de Galileo**

*Software* social, político e intelectual  
del siglo XXI

***ediciones península***

© Carlos Elías Pérez, 2015

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio de 2015

© de esta edición: Grup Editorial 62, S. L. U., 2015  
Ediciones Península,  
Pedro i Pons, 9-11, 11.ª pta.  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

ÀTONA VÍCTOR IGUAL - fotocomposición  
LIMPERGRAF - impresión  
Depósito legal: B-10.771-2015  
ISBN: 978-84-9942-424-8

# ÍNDICE

Introducción	13
1. Ciencia, arte y tecnología	19
2. Las matemáticas y la construcción de la realidad	40
3. La civilización de los algoritmos	60
4. Second Life, ludificación social y <i>bitcoin</i>	76
5. De los <i>Mad Men</i> a los <i>Math Men</i> : las matemáticas de Obama	96
6. Ciberguerra fría: algoritmos como armas de destrucción	121
7. Épica y ética de los nuevos intelectuales: los <i>hackers</i>	151
8. WikiLeaks, Assange y el «bandolerismo social»	199
9. Wikipedia, contraconocimiento y epidemias de credulidad	224
10. La generación digital: estoy conectado, luego existo	251
11. Movimientos sociales de la era digital: del 15-M a Podemos	279
Agradecimientos	343

## I

# CIENCIA, ARTE Y TECNOLOGÍA

El realismo de nuestra era debe penetrar en las obras artísticas emergentes. Lo que no tendrá como consecuencia un declive artístico; al contrario, le dará nuevo aliento.

OTTO WAGNER

Llovía en Venecia. Estábamos a finales de octubre de 2009 y la ciudad imitaba ese decorado que había admirado mil veces a través del cine y los documentales de viajes. El efecto era tan poderoso que no podría determinar si estaba evocando una ficción o los sueños se volvían realidad. La había visitado antes, pero siempre en verano y en vacaciones. Como turista uno nunca es parte de un lugar: lo admira desde fuera como se contempla un escaparate, pero con la barrera invisible que separa los dos mundos. La percepción ahora era distinta. Iba a trabajar —aunque sólo por unos días— posiblemente en la ciudad en decadencia más famosa del mundo. En la ciudad que vive de lo que fue, porque es de las pocas grandes urbes de este planeta que cada día prescinde de más habitantes. Huyen porque la aman: no quieren que la modernidad arquitectónica que hoy necesitamos destruya una utopía urbana que sólo se comprende cuando se visita; pero, también, en su huida por amor, la matan: la convierten en un fantasma de piedra que apenas deja entrever el esplendor de vida, inteligencia y belleza que hace siglos dominó el mundo desde sus calles líquidas.

Lo que sus habitantes respiran —y lo que los turistas re-

crean— es pura ficción que se desprende de una arquitectura que aún es real, aunque no sepamos cuándo se hundirá definitivamente. El saberla efímera la hace más bella. En octubre coexisten varias Venecias: la ciudad solitaria de cielo plomizo y aire fresco que encanta con sus palacetes semiabandonados convive con la que acoge a una marabunta de turistas recién desembarcados de los cruces por el Mediterráneo, quienes, afortunadamente, se marchan con las primeras horas de la tarde. La Venecia de la mañana y la de la noche de cuándo pasees, parecen ciudades totalmente distintas. Son realidades diferentes, pero es el mismo espacio físico.

Venecia siempre enarbola una antorcha de rebeldía, cuya llama prendió allí —aunque la Inquisición casi la apagó en el siglo xvii tras el proceso a Galileo— y aún ilumina otros lugares, entre ellos, como veremos en este libro, el Instituto Tecnológico de Massachusetts. La rebeldía no sólo fue física —levantar sólidos muros sobre un líquido— sino mental, y sus huellas en la civilización perdurarán mucho después de que el mar, un día no muy lejano, engulla perpetuamente sus hermosos edificios. En sus iglesias algunos, temiendo la inminencia de su desaparición, sólo ven arte y fe, pero otros también advertimos suspiros de libertad: muchas no se edificaron para la adoración divina, sino como resultado de una hábil negociación: a cambio de financiarlas, los venecianos ganaron el derecho de ser la única ciudad católica que en el siglo xvi podía imprimir y difundir volúmenes del Índice de Libros Prohibidos por la Santa Inquisición, además de comerciar con ellos. El *Index librorum prohibitorum et expurgatorum*, creado en 1559 y renovado y actualizado hasta 1966, incluía textos calvinistas, luteranos o de literatura erótica, pero hubo especial saña con la filosofía natural: desde Demócrito —cuyas ideas avanzadas sobre el átomo y la materia aparecen en el espléndido y proscrito *De Rerum Natura*, de Lucrecio (50 a. C.), donde defiende que comprendiendo la naturaleza de la materia no se necesitan los dioses para explicar el mundo— hasta autores vivos en aquel entonces, pero rápidamente prohibidos, como Servet, Giordano Bruno o Copérnico. Después incluirían las obras de Galileo o la *Enciclopedia* francesa, entre otros muchos.

Durante cincuenta años los venecianos lucharon ferozmente contra Roma para que las ideas heterodoxas pudieran florecer en libertad y que la espeluznante Inquisición no pusiera sus zarpas en la ciudad. Ya a partir de 1521, durante los años duros de la Contrarreforma, Venecia contravino silenciosamente las órdenes papales. Roma siempre temió a la ciencia más que a Lutero o Calvino. Éstos sólo defendían distintas formas de adoración, discutían por los detalles, pero los filósofos naturales atacaban al corazón de la religión: explicaban un mundo sin Dios que podía ser controlado a voluntad por el hombre si éste descubría y dominaba el lenguaje matemático que rige las leyes de la naturaleza. Eso era pura dinamita en aquel entonces. Y ahora también.

Cinco veces amenazaron a la ciudad con el equivalente a la «bomba atómica» de aquella época: la excomunión. Lo hicieron los papas Martín IV (1284), Clemente V (1309), Sixto IV (1483), Julio II (1508) y Pablo V (1606). Ahora nos parece ridícula la amenaza, pero en aquellos siglos precientíficos toda la población creía firmemente en el infierno, y la excomunión implicaba la certeza de arder toda la eternidad.

La ubicación y dimensiones del infierno lideraban el debate intelectual: por ejemplo, la primera conferencia pública importante —en la progresista Academia de Florencia— que impartió Galileo fue para exponer sus cálculos matemáticos sobre las dimensiones del infierno —en función de lo descrito por Dante en su *Divina Comedia*—. Sus resultados más reveladores fueron dos: el infierno era cónico y, sobre todo, Lucifer era enorme: 43 veces más grande que la estatua de un gigante que existía en la Plaza de San Pedro, que era 43 veces más grande que Dante. La Iglesia admitía las matemáticas si se dedicaban a reforzar las cuestiones humanas —la religión, la contabilidad comercial o la arquitectura—, pero le incomodaba que se usaran para iluminar el mayor de los secretos: la naturaleza de la materia y la energía.

Si ahora nos avergonzamos de que aquellos humanos con ideas tan absurdas pudieran ser nuestros antepasados, es precisamente por el trabajo que la ciencia ha hecho para moldear el

pensamiento contemporáneo. Pero hubo muchas víctimas en el camino, entre ellos, el veneciano Paolo Sarpi, matemático y físico —estudió las ecuaciones de la caída de objetos lanzados como proyectiles—, formado en la Universidad de Padua, gran amigo de Galileo y clérigo progresista asesor del dux de Venecia en temas religiosos. Sarpi enfureció en 1606 al papa Pablo V al afirmar que «el *Index Librorum Prohibitorum* era el primer mecanismo secreto que la religión había inventado para volver estúpidos a los hombres».<sup>1</sup> El dux apoyó a Sarpi no sólo en esto, sino en su determinación de publicar —como unos contemporáneos Julian Assange o Edward Snowden— lo que sucedió de verdad en el concilio de Trento, celebrado unos años antes, y donde Lutero acusó al papado de ejercer la tiranía. Sarpi, obviamente, sufrió un atentado en las oscuras calles venecianas de manos de los sicarios de Pablo V, quien también excomulgó al dux veneciano. Esto hizo comprender a Galileo que Venecia, pese a la batalla de casi tres siglos contra el papado, no era segura, y buscó refugio en la Florencia de los Médici. Aun así, Galileo situó en la ciudad líquida la crónica de una de las conversaciones que más han influido en la historia de Occidente: su obra *Diálogo entre los dos máximos sistemas del mundo: ptolemaico y copernicano* (1632), detonante de su proceso inquisitorial, y donde describe personajes que hablan durante días sobre física y matemáticas, tras llegar en góndola a los palacetes.

Finalmente, Venecia claudicó —y ahí, posiblemente, comenzó su decadencia— ante el papa y su Inquisición bajo la amenaza de excomunión perpetua: pero allí jamás se mató ni torturó a nadie en los siniestros tiempos de la Contrarreforma. ¡Y los carnavales siempre se celebraron!

Los venecianos se formaban intelectualmente en la cercana Padua, a escasos 30 kilómetros. Los tres siglos de lucha contra la autoridad papal dieron sus frutos: la Universidad de Padua era la más libre del sur de Europa en los siglos XVI y XVII. Su claustro, financiado por los comerciantes venecianos, tenía fama de selec-

1. Luigi Barzini, *The Italians*, Atheneum, Nueva York, 1964, pág. 319.

cionar profesores poco ortodoxos y muy críticos con la autoridad asentada. Roma la consideró un nido de herejes y antiaristotélicos y envió a los temibles jesuitas a que fundaran allí otra universidad para contrarrestar a la díscola Universidad de Padua. Fue una operación de contraconocimiento, algo que veremos más adelante en este libro. Pero no lo lograron del todo: en aquel ambiente de libertad y disidencia, comenzó la ciencia moderna: desde la medicina científica —en sus aulas impartieron clases, entre otros, médicos como Vesalio (1514-1564), Falopio (1523-1562) o Harvey (1578-1657), pioneros en disecciones humanas con criterios científicos pese a la prohibición de la Iglesia— hasta matemáticos como Galileo, considerado el primer científico moderno. Falopio, estudioso de la anatomía de la cabeza, fue también el inventor del condón, concebido para evitar enfermedades de transmisión sexual como la sífilis y la gonorrea, muy extendidas —y mortales— en aquella época. Harvey descubrió la circulación de la sangre, posiblemente influido por las pocas obras que quedaron sin arder —y que se distribuían sin dificultad en Venecia y Padua— del científico español Miguel Servet (1511-1553), quemado vivo en la hoguera —en Suiza— por sus ideas sobre la materia.

Vesalio escribió para sus alumnos de Padua un extraordinario manual de medicina, *De humanis corporis fabrica* (1543), el primer tratado científico de anatomía, donde no sólo se refutaba la autoridad de Galeno, sino que consideraba al organismo humano como una especie de fábrica con piezas mecánicas perfectamente ensambladas. El organismo humano como máquina es una idea revolucionaria que tendrá mucha actualidad en este siglo XXI: si es una máquina, ¿se puede construir una máquina mejor? Ésa es la pregunta que lidera las investigaciones actuales en inteligencia artificial. El tratado de Vesalio —uno de los libros más importantes en la historia de la ciencia—, con ilustraciones de la escuela veneciana de Tiziano, ensalza la grandeza del organismo humano como pura materia. Fue el primero en partir de la observación directa de cadáveres humanos (Galeno parece que se sirvió de animales: la Iglesia no permitía la «violación» del cadáver). Demostró que no existía el huesecillo incorruptible que la Iglesia

había considerado necesario para la resurrección del cuerpo y, además, refutó a la Biblia al evidenciar que era falso que los hombres tuvieran una costilla menos que las mujeres como vestigio anatómico de la pérdida de aquella que habría dado origen a Eva.

Vesalio fue invitado a España para ser médico de Carlos V y Felipe II pero, obviamente, cuando detectaron sus ideas —y su material de experimentación— sufrió varios juicios por herejía y lo condenaron a muerte en la hoguera. Parece —no hay mucho consenso en esto— que Felipe II le conmutó la pena por un castigo que en aquella época no se sabe si era aún más cruel: una peregrinación a Tierra Santa, en cuyo viaje murió. Se arrepintió de haber ido a la España del siglo XVI, rica en oro expoliado y territorios sometidos, pero muy pobre en libertad, heterodoxia y, sobre todo, en ciencia: los médicos de la corte llamaban a Vesalio «barbero» por su insistente demostración empírica de que la cirugía curaba más que la oración y las sanguijuelas.

La Inquisición era hábil. Por ejemplo, tramó un complot para atraer a Giordano Bruno hacia Venecia desde países más libres —y protestantes— como Inglaterra y Alemania, donde Bruno había desarrollado y publicado su pensamiento científico sin mayores problemas. Bruno pensó que no debía temer nada en Venecia, pero allí prácticamente lo secuestraron en una casa privada y lo llevaron a Roma para encarcelarlo durante siete años, introducirle hierros candentes en su lengua para que dejara de hablar de ciencia y, finalmente, en 1600, quemarlo vivo en una hoguera en el Campo de' Fiori (donde ahora se erige un monumento en su honor). Las ideas de Bruno sobre el universo, la materia o la energía fueron visionarias, e incluso influyeron en el siglo XX en Heisenberg o Einstein, pero en el XVI aterrorizaron a los cardenales, y ellos eran el poder.

Por esos mismos años en los que Bruno fue encarcelado y quemado, Galileo aún era joven y no había desafiado a la Iglesia, aunque sí a sus profesores. En 1592 ganó la cátedra de Matemáticas de Padua, lo que fue un escándalo en otras universidades: se la concedieron pese a que nunca quiso terminar sus estudios universitarios, pues se negó a tener que examinarse en

la atrasada Universidad de Pisa de las estupideces que sus profesores aún enseñaban respecto a Aristóteles y sus equivocadas ideas del movimiento de los cuerpos. Galileo era un brillantísimo rebelde con causa, como muchos informáticos —y otros especialistas— actuales que se niegan a que la universidad castre su talento y la abandonan antes de graduarse. El tribunal de la liberal Padua le otorgó la cátedra, por el potencial rompedor que veían en él —y por algunos buenos contactos—, frente al otro candidato, Giovanni Antonio Magini, que tenía más méritos académicos ortodoxos, pero menos talento. Vista en perspectiva, la arriesgada decisión del tribunal de Padua tuvo recompensa: Magini podía tener más méritos sobre el papel, pero sólo pasó a la historia de la ciencia por ser el rival de Galileo. Allí, en Padua, tan cerca de Venecia, Galileo acabó definitivamente con Aristóteles y determinó que el universo está escrito en lenguaje matemático. La Inquisición lo encarceló a perpetuidad, pero el mundo abandonó la oscuridad al legarle Galileo un método infalible —el científico y su lenguaje matemático— con el que hallar la verdad.

Volveremos más adelante a estos personajes. Sus historias se repetirán cuatro siglos después, cuando otros matemáticos —reconvertidos algunos en físicos cuánticos, químicos de materiales, biólogos moleculares y, sobre todo, en ingenieros informáticos, electrónicos y telemáticos— también quisieron cambiar el orden establecido del ya lejano siglo xx.

## EL PROYECTO MACOSPOL

No había ido a Venecia en aquel octubre de 2009 a recorrer los lugares por las que anduvieron Sarpi, Galileo o Vesalio, sino porque me había invitado Bruno Latour, catedrático de Filosofía de la Ciencia del Instituto de Ciencias Políticas de París, conocido como SciencesPo. Latour es posiblemente uno de los últimos —para algunos, el último— *maître à penser*, esos líderes del pensamiento que florecieron en los centros académicos de París a

mediados del siglo xx y que, poco a poco, fueron decayendo, conforme también lo hacía el siglo.

Latour es antropólogo de la ciencia y su libro más famoso analiza cómo se comportan los científicos cuando investigan.<sup>2</sup> Para escribirlo permaneció varios meses en un laboratorio de California escrutando a los investigadores como antes lo había hecho con pueblos perdidos en África. Muchos no están —estamos— totalmente de acuerdo con su visión de lo que es la ciencia, pero hay que reconocerle originalidad. En 2009 dirigía el proyecto MACOSPOL, acrónimo en inglés de «cartografiado de las controversias con base científica e impacto político» (Mapping Controversies on Science for Politics), financiado por la Unión Europea. Nos había reunido allí en Venecia a un grupo de expertos de comunicación de la ciencia de varios países —yo era el único español— para testar los resultados preliminares de su investigación.

Lo interesante de colaborar con pensadores que se mueven en la frontera del conocimiento avanzado es que puedes observar tendencias que luego otros materializarán o confirmarán en el resto de las universidades. Eso te permite viajar en el tiempo: puedes vivir antes una realidad que otros —y tú mismo— vivirán años después. Durante los días que permanecí en Venecia me sorprendieron varios hechos. El primero fue que Latour no se rodeaba de filósofos, expertos en estudios culturales o sociólogos, como cabría esperar de alguien del campo de las humanidades. El equipo que había llevado Latour desde París estaba compuesto por matemáticos, ingenieros informáticos, telecos... El ya maduro filósofo —nació en 1947— intuía que el siglo xxi estaría dominado por esa nueva élite intelectual —los matemáticos e ingenieros informáticos o de telecomunicaciones— con capacidad para transformar la realidad a partir de sus ecuaciones aplicadas.

—Estoy impresionado —le comenté— con la interdisciplinariedad que hay en la universidad francesa. En España sería impo-

2. Bruno Latour y Steve Woolge, *La vida en el laboratorio: la construcción de los hechos científicos*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.

sible que un departamento de humanidades prefiriera a jóvenes informáticos para realizar sus tesis. Tampoco creo que los informáticos quieran a filósofos en sus equipos de investigación.

—No se equivoque —me respondió—. En Francia no existe interdisciplinariedad. Sólo existe en mi equipo.

Al principio el trabajo fue agotador. No sólo por lo que le cuesta al cerebro explicar y entender argumentos en otro idioma (las palabras transforman realidades al ser traducidas), sino por la inercia que dificulta que modifiquemos nuestras ideas preconcebidas sobre la realidad. A primera hora de la mañana interveníamos en sesiones en las que los equipos de las siete universidades participantes exponían sus resultados; tras un breve café, debates entre ellos y los invitados que íbamos a evaluar el proyecto; después, los jóvenes becarios de esos centros nos entrenaban con un tutorial avanzado en el manejo de las herramientas que habían diseñado para que testáramos las «bondades» del MACOSPOL. Tras el almuerzo, cada equipo —integrado por investigadores e invitados— ponía en práctica lo aprendido.

El resultado era fascinante: habían creado un método —algoritmos matemáticos— para escrutar la realidad a partir del análisis digital que ofrecía la sociedad-red. Nuestra percepción de la realidad no tendría que depender de nuestros sentidos, sino del flujo de información que alimenta la esfera pública virtual. Programas como Silobreaker nos permitían introducir términos y determinar, a partir de 10.000 resultados de la web que incluían blogs, redes sociales, YouTube o sitios institucionales, cuál era la realidad virtual de ese término. Si tecleábamos «cambio climático», podíamos saber quién estaba hablando de ese asunto, obtener curvas de tendencias temporales sobre si la discusión aumentaba o no, e, incluso, el programa nos proponía un mapa mundial con «zonas calientes» donde esa controversia dominaba el debate en la esfera pública *online*. Asimismo nos ofrecía una cartografía de las entidades que lideraban el discurso dominante en ese asunto concreto.

Otra herramienta adaptaba el GoogleScraper para elaborar nubes de contenido de esas controversias. Nubes en las que apa-

recían cuantificadas las fuentes que más hablaban del asunto, cuál era el sentido de sus discursos y, sobre todo, que nos permitían cartografiar las controversias en torno a un tema complejo —células madres, energía nuclear, calentamiento global— en función de los escenarios argumentativos. En reconocimiento a Walter Lippmann, uno de los fundadores de la corriente que intenta determinar la realidad, no por lo que experimentamos, sino por lo que publican los medios de comunicación de masas, a esta herramienta la llamábamos «recurso lippmaniano».

El programa nos permitía introducir palabras clave, para ir detectando por dónde van las discusiones. Otra parte de la herramienta nos habilitaba para seleccionar el nombre de una persona e, inmediatamente, realizar un perfil digital: sabíamos en qué medios hablaba o escribía, en qué actos aparecía, cuáles eran las palabras que más usaba en sus declaraciones, cómo había evolucionado la tendencia de su discurso en el tiempo, con qué empresas se relacionaba... Por otra parte, la aplicación también ofrecía datos sobre las discusiones en la blogosfera acerca de esa persona. No sólo cómo se veía ella, sino cómo la veían los demás. Fascinante, pero también espeluznante. No me extrañó, percatado de las enormes posibilidades de aquellas herramientas virtuales para explorar la realidad real, que en la reunión pulularan tantos *policy makers* de la Unión Europea.

Los debates con Richard Rogers, experto en métodos digitales de la Universidad de Ámsterdam que había diseñado un servidor para conectar científicos, *think tanks*, organizaciones o empresas que hablen sobre un mismo asunto, o con Massimiano Bucchi —catedrático de la Universidad de Trento y, posiblemente, uno de los mejores sociólogos de la ciencia europeos en estos momentos— fueron enriquecedores. Con Bucchi había trabajado en un proyecto internacional que relacionaba el periodismo con la ciencia y la sociedad. Ello me permitió comprender mejor sus argumentos.

Mi papel allí consistía en escuchar los debates, poner objeciones, aprender las herramientas e introducir en ellas términos en inglés para detectar si la realidad que de ellos aparecía en aque-

llos programas coincidía con la realidad que yo como periodista percibía de ellos.

Una parte importante del proyecto implicaba introducir el mismo término; es decir, la misma realidad —por ejemplo, cambio climático, clonación o energía nuclear— pero en distintos idiomas. El idioma de trabajo era el inglés, pero de ahí referenciábamos al español, italiano, francés, alemán, holandés... Fue interesante comprobar cómo, en función del idioma usado, la realidad digital descrita era totalmente distinta, pese a que en algunos casos se trataba de tecnicismos; es decir palabras que no admiten el mínimo cambio de sentido de un idioma a otro como, por ejemplo, el término clonación, células madres embrionarias o transgénico.

El objetivo era refinar más los programas para que la realidad digital obtenida de la información virtual coincidiera con la realidad real. Realicé un informe conjunto con unos periodistas italianos, indiqué los cambios que veía si buscaba el término en inglés o en español y lo expusimos ante todo el auditorio.

#### LA CIBERREALIDAD A TRAVÉS DEL ARTE

Fue allí, en Venecia, donde empecé a pensar en el término de ciberrealidad. Esa realidad que procede de lo que aparece en internet, pero que debe tener conexiones con la realidad real. No existe una única realidad. Muchas son superponibles y pueden coexistir. El conjunto de personas que trabajamos esos días en Venecia estábamos desarrollando herramientas que, posiblemente, en unos años, serán la vanguardia del análisis social de la realidad. Usábamos el wifi, portátiles, nos conectábamos a bases de datos de una nube virtual o accedíamos a estudios del SciencesPo o del Instituto Tecnológico de Massachusetts en tiempo real.

Dominábamos la tecnología del siglo XXI pero, curiosamente, lo hacíamos desde la realidad física de un suntuoso palacete del siglo XVI de estilo gótico veneciano que ocupaba gran parte de la céntrica plaza de Santo Stefano y que en 1535 fue adquirido por

la poderosa familia Loredan, aunque cuando el poder de los comerciantes venecianos disminuyó y, casi en la misma proporción, aumentó el de los burócratas, pasó a formar parte del Instituto Veneciano de Ciencia, Letras y Arte.

Pese a lo que estaba aprendiendo allí sobre herramientas de análisis digital de la realidad, mi cerebro viajaba en el tiempo. Yo vivía otra existencia. La pantalla del ordenador no puede suplantar siempre el espacio físico real ni lo que éste genera en la mente humana. Los estucados de las paredes, la rica ornamentación de las vigas de madera de los techos y la majestuosidad de las librerías de las salas donde nos reuníamos eran la representación del poder. Todo me recordaba el magnífico cuadro que el pintor veneciano Bellini (1421-1516) realizó del dux Leonardo Loredan (1436-1521). Estaba en su palacio —o, más bien, en el de su familia— y en su ciudad, que, por otra parte, poco había cambiado desde que él la habitó. No podía concentrarme en el uso de los programas informáticos del análisis digital...

La primera vez que contemplé a Loredan, en la National Gallery de Londres, me sobrecogió. Me pregunté cómo era posible que un pintor reprodujera de esa manera la realidad. Podía apreciar en su capa de seda blanca cada uno de los hilos de oro de sus bordados. Las arrugas de su cara se escrutaban mejor que en un espejo y la intensidad de sus ojos era arrolladora: parecía que el personaje estaba observándote desde detrás de una ventana. Una simple mezcla de tintes químicos en una tabla podía describir mejor la realidad que la percepción sensorial directa. Tal como recordaba lacónicamente la guía del museo londinense, Bellini, maestro de Tiziano, entre otros, logra con este cuadro el momento culminante de la evolución del retrato veneciano del Renacimiento.

No era cualquier pintura. Pero al margen de consideraciones artísticas, el pintor había conseguido que la realidad de su cuadro se impusiera sobre la realidad real del personaje. El Leonardo Loredan biológico había muerto en 1521 y, por tanto, de sus restos físicos ya no quedaban rastros. Pero su realidad virtual traspasaba los siglos y te miraba fijamente desde la pared de la

National Gallery. Desde ahí imponía su presencia en el palacio que llevaba su apellido. El cuadro estaba en Londres, pero el portátil y el wifi me permitían rescatarlo desde la web de la National Gallery para que me acompañara en mis disquisiciones sobre la realidad virtual. Su presencia en mi portátil y en su palacio era más enérgica que en la National Gallery. Los museos carecen ya de sentido: la tecnología ha cambiado el concepto de arte.

Una de las discusiones que yo lideré giraba en torno al hecho de que la realidad del periodismo actual no te permite usar aquellas herramientas antes de entrevistar a una fuente. Por otra parte, internet sólo reproduce nuestros prejuicios como periodistas. Al entrevistar a quien creemos mejor, estamos potenciando su presencia en la web y, a su vez, esta presencia contamina los blogs. La realidad de un personaje o de un asunto controvertido podía modularse en los medios de comunicación tradicionales, pero no al contrario, en el caso de la realidad previa que aparece en la web y que utilizamos para construir la realidad que queremos llevar a la opinión pública real.

PALLADIO Y EL VERONÉS:  
LA REALIDAD DISEÑADA Y SUPLANTADA

Nos prometimos pensar más sobre esto, usar con frecuencia las herramientas para evaluarlas con diferentes temas y reunirnos en otra ocasión, aunque fuera de forma virtual. Antes de terminar, Bruno Latour hizo algo que sólo los grandes pueden intentar: ofrecernos una lección *in situ* sobre lo difícil que resulta definir la realidad en nuestra sociedad digital.

Salimos de las confortables salas del *palazzo* Loredan y nos adentramos en las sinuosas y húmedas entrañas venecianas. Liderados por Latour, íbamos tomando distintos *vaporettos*, atravesando canales y navegando o recorriendo intrincadas calles, mientras la fina lluvia del otoño no daba tregua. Finalmente alcanzamos nuestro destino: la isla de San Giorgio Maggiore.